

Poética contemporánea

“De la Tierra sin Fuegos” de Juan Pablo Riveros

Este libro, como ya lo ha señalado Luis Muñoz, es un objeto complejo donde diversos sistemas semióticos se entretajan para dar cuerpo a un texto que permite e invita a múltiples entradas. La imagen fotográfica, los documentos antropológicos, la recolección arqueológica, la muestra lingüística, sirven al poeta para construir un universo literario hermoso y consistente. En este comentario seguiré uno de los sentidos desde el cual es posible ingresar a ese universo.

El pretexto de esta escritura es la denuncia de los efectos de la codicia de la raza blanca en la vida de unas comunidades indígenas del sur de Chile. El texto de este pretexto es la puesta en escena de la cuestión de la espiritualidad. So pretexto de documentar lo que un pueblo destruido habría posiblemente perdido (su cultura mística, su relación mágica con la naturaleza, su inserción fluida en ella) se proyecta un lenguaje capaz de contener una espiritualidad contemporánea, occidental, creíble.

En la reconstrucción cuidadosa, amorosa, científica del universo de hábitos y sentidos de un pueblo en extinción, el proyecto poético del libro potencia, escribe el trayecto desde un lado a otro del mundo, vía comprensión de una experiencia espiritual cognoscitiva que hermana al sujeto de la escritura, con el objeto de la representación poética y el lector.

El lector entra en los espacios geográficos marítimos y terrestres que el libro fantasma (fantasea) y los salva para la experiencia. En este tránsito el lector se conmueve y comprende. Accede a una sustancia más sutil que por medio del objeto fotografiado se ilumina. Comprende al otro en extinción que es el mismo especularmente proyectado en la



“La mirada del indio yámana en la puesta en escena artística de su tocado...”.



imagen verbal y fotográfica.

La mirada del indio Yámana en la puesta en escena artística de su tocado nos lleva como lectores a un espacio común de desolación. Me conmueve la desaparición de un otro colectivo donde mi propia desaparición, también colectiva, es predecible o, al menos, temible. La imagen totalizadora que se obtiene de un pueblo que ya fue, que está dejando de ser, se apropia poéticamente de la

experiencia humana de la muerte (y de la vida) ofreciéndose en su artificio, como ejemplo. El agente destructor se hace culpable por un hecho cuyo efecto es la desaparición de un pueblo. Pero no se agota allí la culpa, sino que además, se culpabiliza frente a mí como lector por la evidencia que permite de mi propia plenitud. La plenitud de la vida en la comprensión gozosa de la lectura. El encantamiento que el libro produce se ancla en su capacidad de exponernos una totalidad extinguiéndose. En esta exposición se hace claro un sistema total de un pueblo en su relación con lo otro, con Dios, con la espiritualidad, la cual se dibuja sin quiebre interno. Es un agente externo el que extingue a los sujetos sin quebrar la unión interna de ese pueblo con lo divino. Así se metaforiza una necesidad contemporánea de espiritualidad, de unión con lo trascendente a través de estas imágenes que la dan por encontrada y bárbaramente destruida.

La manera cómo esa espiritualidad se materializa en las costumbres se puede sistematizar en normas de sabiduría ejemplar. En el poema “Hain I” se nos dice acerca del ceremonial secreto de iniciación ona.

“Hondos ayunos, prolongadas posiciones incómodas. Interminables caminatas a través de bosques y montañas en ayunas;

...../ Pautas morales según recomendaciones de Quenós: generosidad, frugalidad en la abundancia laboriosidad y mesura en todos los actos de la vida”...

La casa -la choza- es la reproducción de las grandes formas geográficas representadas en las murallas frágiles que recortan en su pequeñez el infinito “la matriz de todo lo que existe”. Los objetos de la naturaleza, incluido el hombre, pertenecen a diferentes cielos, de modo que su corporalización tiene continuidad con los grandes espacios del universo. Y así la forma de la vida, es decir, las tradiciones y costumbres, se conectan profundamente a un orden natural sagrado, vía el aprendizaje de las palabras y gestos exactos de una disciplina educativa cuyo conocimiento es compartido por todos los miembros de la comunidad.

La exposición de los temas relativos a las costumbres y paisajes de los onas, yaganes y alacalufes se sirve del discurso documental (descriptivo-narrativo) y lírico (gran uso de comparaciones) los que, acompañados de fotografías de indios en sus indumentarias y maquillaje rituales completan la visualización de ese universo.

Sin embargo la distancia contemplativa que está en la base de nuestra relación estética con el texto se interrumpe. El poeta inserta en esa continuidad poética de múltiples formas una situación marcada con el signo del presente: la descripción de dos cuerpos incendiándose.

Esta ruptura que trae al lector violentamente a su contexto histórico lo obliga a pensar en la extinción como un problema presente, amenazante, allí donde la violencia corporal, el atentar contra la vida humana se muestra, una vez más, como salvajismo propiamente tal, como pura barbarie, como carencia de humanidad.

A propósito de un lugar geográfico a la orilla del mundo, al borde de la cultura occidental, se construye un lugar poético que valora con criterios universales la vida humana sobre cualquier lugar del planeta, en todas las múltiples formas raciales y culturales que esta asuma. Este es un signo de la contemporaneidad que repite su señal insistentemente en las diferentes manifestaciones artísticas de nuestro mundo.

La lectura de la violencia contemporánea próxima de la violencia en el pasado, en un lugar remoto, se explica como la ausencia de espiritualidad. Es decir, falta de normas morales, como las de los indios en extinción, que ordenen la vida y la muerte en un sistema de valores superiores de raigambre colectiva, universal.

Marta Contreras